

SANTA

(*Sentada todavía á la mesa.*)—¿Ande va usted, madre? (*A la tía Josefa.*)

LA TIA JOSEFA

—A hacer las camas.

SANTA

—Yo las haré.

LA TIA JOSEFA

—Es lo mismo; quéate, si quieres, con Dolores.

SANTA

—Ella no es de cumplimiento; le ayudaré á usted.

LA TIA JOSEFA

—Lo que tú quieras. (*Entra en el cuarto.*)

(*José se levanta de la mesa y llevando hasta el centro de la casa uno de los capazos de panochas, se sienta y se pone*

*á desgranar. Santa quita la mesa y después entra al cuarto, mirando antes con insistencia á Dolores para recordarle que hable con José, aprovechando la ocasión de hallarse con él á solas. Dolores la tranquiliza con una mirada de inteligencia y lleva las devanaderas también al centro de la habitación, aproximándose un poco á José.*)

## XIV.

Dolores y José.

DOLORES

(*Cariñosa y dulcemente.*)—José, vente pa acá, hombre; vente pa acá y hablaremos un ratico; (*José arrastra el capazo cerca de Dolores y sigue su tarea silencioso y sombrío.*) Vamos á ver: ¿por qué tienes tan mala cara?

JOSÉ

—¿Por qué ha de ser?

DOLORES

—Eso digo yo. ¿Por qué ha de ser?

JOSÉ

—Porque tó son penas, Doloricas; porque veo que la desgracia más grande es la de ser pobre!

DOLORES

—Sí que es verdá; pero no te apures; en esta casa va á durar ya poco la pobreza.

JOSE

—Ojalá que pase así! ¡Y bien sabe Dios que por mí no lo deseo!

DOLORES

(*Mirándolo fijamente.*)—De modo y manera, que á tí te páece bien la boda de Santa con el Mayorajo?

JOSÉ

(*Con la falta de energía del que no*

*dice toda la verdad.*)—¡No me ha de paecer! ¿Qué es lo que yo debo desear, sinó el bien pa Santa y pa sus padres? ¿Qué querer le tendría yo á Santa si no deseara su felicidad?

DOLORES

(*De un modo sagaz.*)—¿Pero es que tú la quieres?

JOSÉ

(*Con recóndita pasión.*)—¡No la he de querer!... (*Luégo, refrenándose.*) ¡como el mejor hermano!

DOLORES

(*Pausadamente y escudriñándolo con la mirada.*)—Yo pensaba que la querías de otra manera...

JOSÉ

(*Con desconfianza.*)—¡De otra manera!...

DOLORES

Sí... como me decías otras veces, ha-

ce ya tiempo. ¿No te acuerdas? (*José mueve la cabeza lenta y negativamente, como pretendiendo negar, pero con la indecisión del que repugna la mentira*) ¿No te acuerdas? ¿Has olvidao cuando ibas á mi casa y te sentabas delante de mí pa hablarme horas y horas de Santa y siempre de Santa? ¿Has olvidao con el orgullo que decías: «Esta camisa me la ha cosío ella.» (*Tocándose el pecho.*) ¿Has olvidao cuando un día que venías de allá abajo, estroceao por la carga, yo te dije: «José, pa qué trabajas tanto?» Y tú, con la lengua fuera por la fatiga, pero reventando de satisfecho, me digistes: «¡Pa ella!»

JOSÉ

(*Con ternura y embeleso.*)—No se me ha olvidao... (*Después cambiando bruscamente de tono.*) pero eso ná quiere decir...

DOLORES

—Que ná quiere decir?

JOSÉ

—Aquellas eran cosas de zagales, y éstas son de más formalidá. (*Dolores lo mira con extrañeza y desconfianza.*) La proporción del Mayorajo no es cosa de despreciarse y, menos, (*con triste despecho*) si á Santa, como me recelo, no le páece mal el novio.

DOLORES

(*Con asombro.*)—¿Que Santa quiere al Mayorajo?!

JOSÉ

—Sí.

DOLORES

—¿Y si no lo quiere? ¡Mira como tavía no le ha dicho que sí!

JOSÉ

—¡Mira como tavía no le ha dicho que no! (*Pausa.*)

DOLORES

—Me páece que te engañas.

JOSÉ

—Me páece que no. La he visto hablar con él bastantes veces. Si no lo quisiera, á la primer palabrica lo hubiera plantao. (*Con honda amargura.*) ¡Cuando he llegao del soto esta noche, bien ciegos que estaban ahí mesmico, (*indicando el lugar*) charla que charla!

DOLORES

—Tó eso no quiere decir que ella lo quiera.

JOSÉ

—Y si lo quiere, hace bien. No sólo ella puede ser felis, sinó que puede y debe asegurar también la vejés del tío Antón y de la tía Josefa, que tanto se lo merecen. Si á mí me pidiera consejo, lo mesmo se lo diría; pero... (*tristemente*) ya no tiene conmigo la confianza

que antes... ¡anda siempre tan reservá y tan encogía!

DOLORES

—Porque tú te has vuelto de lo que no eras, de arisco, y huyes de ella y de tós.

JOSE

(*Procurando fingir.*) —Yo?!

DOLORES

—Sí, José, tú; y es que á tí te pasa alguna cosa. (*En tono de resentimiento.*)

JOSÉ

(*Defendiéndose con poco valor.*)—No me pasa ná.

DOLORES

(*Bondadosamente, pero acosándolo.*)  
—Mira, José, no me engañes, porque te vende la cara.

JOSÉ

—Te aseguro que no me pasa ná,  
Dolores.

DOLORES

—Que no!... Tú has sío siempre franco y no sabes echar embustes.

JOSE

(*Con débil resistencia.*)—No me pasa ná, Doloricas... (*Sin mirarla y sin atreverse á levantar la cabeza; desgranando panizo sin cesar y más aprisa, para encubrir su emoción.*)

DOLORES

(*Animada, al ver que cede.*)—Júramelo por el descanso de tu madre.

JOSE

(*Sin fuerzas para resistir más.*)—No puedo!

DOLORES

(*En tono de triunfo, al par que dulce y persuasiva.*)—Ves?! Cuéntame lo que te pasa, José; cuéntamelo y verás cómo se alivia tu pena. ¡Si te se conoce á la legua tó lo que padeces!

JOSE

(*Entregándose.*)—Sí que padesco... pero hay cosas que contándolas na más, pierden virtú. Son como las limas de nuestros huertos: jarzaicas en el arca, es ande mejor huelen!

DOLORES

(*Con sinceridad.*)—Déjalo! Si no quieres, no me digas ná; no te hago fuerza.

JOSE

—Ande ya hemos llegao, me dá lo mesmo; no quiero que tengas queja de mí. (*Después, con misterio.*) Pero lo que va á salir de mi corazón, no ha de pasar del tuyo; se ha de quear entre los dos.

DOLORES

(*Disponiéndose á oír.*)—Descuida; náide lo sabrá!

JOSE

—Júramelo.

DOLORES

(*Enlazando sus manos y besando las cruces que forman los dedos.*)—Por éstas!

JOSE

—Por el descanso de tu madre, que está muerta como la mía.

DOLORES

Por el descanso de mi madre!

JOSE

—Pues bueno, Dolores, (*sordamente, con amargura y pasión*) tén por entendío que tó mi penar es por Santa. (*Pausadamente y mirando con recelo hacia la puerta del cuarto.*)

DOLORES

—Ves?!

JOSE

(*Con desbordada pasión.*)—Sí... la quiero con toa mi vida! No como hermano... no! La quiero como antes la quería!... como la he querido siempre... como la quiere el Mayorajo! (*Con rabia y desconsuelo.*) Así!... así!... pero mucho más!

DOLORES

(*Con perplejidad.*)—¿Y no quieres que ella lo sepa?

JOSE

(*Con precipitación y energía.*)—No, nunca! Este querer es imposible!

DOLORES

—¿Imposible?!... ¿Y si ella también está por tí?

JOSE

—Ni lo está, ni Dios lo permita. De toas maneras, nunca tiene que saberlo. ¿Lo oyes bien? Nunca! (*Siempre mirando temerosamente al cuarto.*)

DOLORES

(*Con mayor extrañeza.*)—Bien sabe Dios que lo entiendo menos ahora.

JOSE

—Si Santa me quisiera... puede que le faltaran fuerzas á mi corazón pa resistir una pena más grande tavía.

DOLORES

(*Con gran asombro.*)—Más grande tavía! Que si Santa te quisiera, sería más grande tu padecer!

JOSE

—Sí! más grande!... Sería lo mesmo que estar muerto de sequía á la orilla de un brazal de agua fresca y clara... á la orilla de un brazal ande pudiera abru-

zarme y beber toa la que quisiera... y con tó y con ello no beber... no catarla... ni siquiera una gota!.. viéndola como se iba delante de mis ojos, muriéndome abrasao!...

DOLORES

—Pero, Dios mío, por qué ha de ser eso?

JOSE

(*Con abatimiento.*)—Porque es mi sino penar... penar tanto, como querer sientó por Santa... ¡que es penar!... Porque tengo que pagar lo que debo... ¡que puedo pagarlo y no quiero ser ladrón de favores!

DOLORES

(*Comprendiendo, al fin.*)—Ah!... ¿Peró tú qué debes, infelís?

JOSE

(*Con profunda convicción.*)—Lo que no se paga con tós los tesoros del mun-

do... lo que no tiene precio, de tanto como vale... lo que sólo se paga con otra cosa igual... con otra cosa que valga más que tóico el oro y tóicas las riquezas!

DOLORES

—Ponderas demasio.

JOSE

—Na de ponderación, Dolores. El tío Antón está arruinado por sus buenos sentimientos y por los malos años, debe ya dos pagas del rento, y la única manera de salir alante en esta casa, enténdelo bien, Dolores, es casándose Santa con el Mayorajo.

DOLORES

(*Gravemente, totalmente convencida.*)

—Eso sí que es verdá.

JOSE

—Y si es verdá ¿sería yo agradecido y bueno sí, ahora que hay ocasión de ase-

gurar la vejés de los pobres viejos, estorbara ese casamiento, dando á entender el cariño que le tengo á Santa? ¿Que callando me sacrifico por ellos? Y qué? ¿No se sacrificaron ellos por mis padres y por mí? Es mi obligación callarme y recomerme, y así lo haré; no tengo otra manera de pagarles tó lo que les debo.

DOLORES

—¿Pero y si Santa te quisiera y fuera otra desgraciá como tú?

JOSE

(*Con dolorosa expresión de gozo.*)

—No se aumentará mi pena con esa suerte!... pero si eso pudiera ser, retorcería yo con más fuerza mi corazón.

DOLORES

—¿Y si ella se empeñaba en casarse contigo, cegá por el querer?

JOSE

—No conseguiría ná! Lo he pensado

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"M. FUNSO REYES"  
190. 1923 MONTERREY, MEXICO

muy bien, Dolores; es mi obligación y he de cumplirla.

DOLORS

¿Y si Santa supiera tu querer?

JOSE

Yo me arrancaré la lengua antes que confesárselo, y tú... tengo por cierto que no me has de vender. ¿Verdá que no?

DOLORS

—Descuida, mi juramento es sagrao.

JOSE

(*Con dulce persuasión.*)—Y no sólo por tu juramento, Doloricas. Tú eres buena y tienes conocimiento; tú ves ahora lo mesmo que yo, que no debo apartarme del camino que llevo; tú me dás la razón ¿verdá?

DOLORS

(*Con profunda tristeza que ha ido apo-*

*derándose de su ánimo.*)—Sí que la tienes, José; pero yo no sé qué va á pasar aquí; me asusto de pensarlo, porque tós los de esta casa sois así como algo mío. ¡Bien decías antes que la desgracia mayor es la de ser pobre! Con que el tío Antón tuviera pa pagar el rento, estaba tó arreglao. ¡Tó por el rento!... por el maldito dinero!.. por gobernarse este mundo de tan mala manera! En mi casa encangrenaciones, aquí penas, en ca Juan Trabaja muriéndose de hambre!

JOSE

—¡Tó por el rento, sí, tó por el rento!  
(*Abatido, con la cabeza entre las manos.*  
*Pausa.*)

DOLORS

—Oye, José: ¿Y si Santa se negara, de tós modos, á casarse con el Mayorajo?

JOSE

—No se negará; pero, si acaso se ne-

gara, pa mí puede que no haya salvación de toas maneras. ¡O con mi alma ó con mi cuerpo, he de sacar de apuros al tío Antón!

DOLORES

—Ya es menester que Dios te dé fuerzas!

JOSÉ

—No, si me sobran; si pa algo me ha puesto Dios este corazón dentro del pecho. (*Pausa.*)

DOLORES

—Vas á padecer lo que no te imaginas!

JOSÉ

—¡Y eso que tú no sabes hasta ande llega mi querer ahora! Antes, yo quería mucho á Santa... pero aunque no se lo decía, me consolaba con estarme á su lao las horas muertas, hablándole de otras cosas y mirándola... (*Suenan fuera unos*

*cascaeles de caballo de molino que pasa algo lejos.*) Mi querer era como el agua que mana de una fuente y corre escondiéndose entre la yerbecica... ¡La yerbecica, que eran mis palabras sin fuste y mis mirás sin malicia, en las que se escondía mi querer que manaba y manaba y corría y corría, como el agua de la fuente!...

DOLORES

—¡Pobre José!

JOSÉ

—Pero después, cuando el Mayorajo comenzó á hacerle la rouza á Santa, á la par que se ponían las cosas malas pa el pago del rento, yo me hice cargo de tó y me conformé á ser un desgraciao, en tal de no ser un desagradecío... Y la fuente manaba y manaba... y manando sigue! Pero ya no corre entre la yerbecica... Sin aquel alivio, mana aquí dentro, (*tocándose el pecho*) y tan llena está, que el agua, que es mi querer, llega an-

de nunca ha llegao, y temo que me ahogue, ó salga esbordá, como por los quijeros de la zarbe cuando viene rafa. ¿Qué son estas cosas que te cuento, sinó borbotones de esa fuente que mana en el mesmo corazón?

*(Dolores le muestra asentimiento, moviendo la cabeza afirmativamente é indicándole con señas que alguien sale del cuarto.)*

## XV.

Dolores, José, Santa y La tía Josefa.

*(Santa y su madre salen del cuarto. Santa, al salir, mira con afán á José y después á Dolores con interrogadora é insistente mirada )*

LA TIA JOSEFA

—¿No habeis sentío al acarrear del molino?

DOLORES

—No, señora.

LA TIA JOSEFA

—Juraría que han sonao los cascabels del caballo. ¿No los has sentío tú, Santa?

SANTA

—No, señora.

LA TIA JOSEFA

—Pues una de dos: ó yo lo he soñao, ó estais los tres sordos.

DOLORES

—Habrá pasao por cal tío Ramón el Animero, pa entrar aquí á la vuelta.

LA TIA JOSEFA

—Eso será. Oye, José:

JOSÉ

*(Volviendo la cabeza; sin dejar de desgranar.)*—Mande usté?

LA TIA JOSEFA

—Si viene, que se lleve el costal.

JOSÉ

—Sí, señora.

LA TÍA JOSEFA

—Va una hanega; díselo.

JOSÉ

—Bueno.

LA TÍA JOSEFA

— Y me voy á dormir, que me estoy cayendo de sueño. Vaya, buenas noches.  
(*Entrando en el cuarto.*)

DOLORES

—Buenas noches.

## XVI.

Dolores, José y Santa.

SANTA

(*A Dolores, mirándola con desseo de saber lo que ha hablado con José.*)—¿Has devanao mucho?

DOLORES

—Poquico.

SANTA

(*Con alguna intención. Siempre sin dejar su aire triste y preocupado.*)—¿Te se ha enreao la madeja?

DOLORES

—Algo.

SANTA

—Pues la lana es suaveceica.

DOLORES

—No te pienses... cuando dice á enrearse... (*José deja de desgranar y cogiendo el brazado de hierba y ramas verdes que dejó al pié de la escalera, se dirige al corral.*) ¿Ande vas, José?

JOSÉ

—A echarles este puñao de yerba á los animalicos, que buena falta les hace.

DOLORES

(*A José también.*)—¿Vendrás el lunes á esperfollar á mi casa?

JOSÉ

—Ya veremos.

DOLORES

(*A Santa.*)—Y tú?

SANTA

—Yo qué sé!

DOLORES

—Jesús y qué rabia! hasta la alegría páece que se hace vieja y que se quiere morir! (*José desaparece por la puerta del corral.*)

## XVII.

Santa y Dolores.

(*Santa con angustiosa ansiedad, y notándose en Dolores la violencia con que miente.*)

SANTA

—Qué!

DOLORES

—Ná.

SANTA

—Dices que ná!?

DOLORES

—Como si ná.

SANTA

—Pero no has hablao con él?

DOLORES

—Sí... algo.

SANTA

—Y le has dicho mi sentir?

DOLORES

—¿Pa qué, si no me ha dicho el suyo?

SANTA

—Bueno, dime lo que sea; dímelo tó.  
¡Mira que me tienes con un cordel al  
cuello! ¡Cuéntame sus palabras una por  
una!

DOLORES

—Dice que no eres la misma con él...

SANTA

—Él sí que no es el mismo conmigo!

DOLORES

—Que te has vuelto tan reservá...  
que antes te franqueabas con él y tó se  
lo decías... (*Sin saber cómo seguir.*) Y  
que quieres al Mayorajo.

SANTA

—Dios mío! Pero haberle dicho tú  
que se engaña... que no quiero á ese  
hombre, que lo aborresco.

DOLORES

—Algo así le he dicho; pero él dice

que lo quieres y que haces bien en que-  
rerlo.

SANTA

—(*Con estupor y asombro.*)—¿Le  
páece bien que yo quiera al Mayorajo?!

DOLORES

—Sí, dice que esa boda te conviene...  
(*movimiento de terror en Santa*) y yo  
pienso que tiene razón.

SANTA

(*En el colmo del asombro y con amar-  
gura infinita.*)—Tú! Tú también Dolo-  
res? ¡Pues pa qué has hablao con él!  
(*Llora.*) Pero, Señor, si no puede ser;  
si él es bueno; si su corazón era blando  
como la cera y no es posible que se ha-  
ya vuelto duro como los asperones de  
los caminos... ¿Y no te ha dicho na más?

DOLORES

—No.

SANTA

—¡Y pa qué decirte más?! Yo hablaré con él esta misma noche... ahora mismo! No puedo creer que siente lo que te ha dicho... y si lo siente... que me lo diga á mí también y que me acabe de matar!

## XVIII.

Dolores, Santa, el tío Antón y Paco el molinero.

EL TÍO ANTÓN

(*Entrando.*)—Dolores, ahí está tu abuelica en la puntica del camino.

(*Santa se limpia los ojos y procura serenarse. Suenan otra vez los cascabeles un poco lejos, y se van acercando hasta oírse en la misma puerta.*)

DOLORES

(*Al tío Antón.*)—Voy en seguida. (*Luégo á Santa, haciéndole una caricia.*) Tén pacencia, mujer; verás como tó se arregla. Hasta mañana.

SANTA

(*Muy triste.*)—Anda con Dios.

DOLORES

—Tío Antón, buenas noches. (*Sale corriendo, abrigándose las manos con el delantal y encogiéndose, como temerosa del fresco de la noche.*)

EL TÍO ANTÓN

(*A Dolores.*)—Condiós, hija! (*Luégo al del molino, que está fuera.*) Paco, entra y echa el costal. (*Después á Santa.*) Y José?

SANTA

—Al corral ha salío.

(*Entra el acarreador del molino: es un hombre de unos 40 años; va en mangas de camisa y todo enharinado; usa montera negra y faja encarnada.*)

EL TÍO ANTÓN

(*Al acarreador, que ya está cargando.*)

*se el costal.*)—Páece que llevas poca mollienda.

PACO

—(*Con el costal á cuestras y á tiempo de salir.*)—Tós los días es ahora lo mesmo; y antes... acarreaaba el doble; siempre iba el caballo reventao. Yo no sé lo que es; pero los molinos no se aumentan... y gente... se me figura que hay más ca día. No páece sinó que tó el mundo pasa hambre.

EL TÍO ANTÓN

—Algo de eso, Paco, algo de eso.

PACO

—(*Saliendo.*)—Vaya, condiós!

EL TÍO ANTÓN

—Condiós!

(*Suenan los cascabeles de nuevo, hasta perderse el sonido á lo lejos.*)

## XIX.

Santa, el tío Antón y José.

(*Santa se ha puesto á coser junto al velador, José entra del corral y sigue desgranando panizo.*)

JOSE

—¿Le habeis dicho al del molino que va una hanega?

SANTA

—Ay!... no!

EL TÍO ANTÓN

(*A Santa.*)—Déjalo, es lo mesmo ¿Y la madre?

SANTA

—A dormir.

EL TÍO ANTÓN

—Pues yo también.

JOSÉ

(*Al tío Antón.*) ¿Regaremos mañana?

EL TIO ANTÓN

—Sí; ya sabes que hay que madrugar pa que no nos quiten el agua. Echate pronto.

JOSE

—Tavía es temprano; desgranaré estas panochas.

EL TIO ANTÓN

—Lo que quieras. ¿Y tú, Santa?

SANTA

—Voy á ver si acabo esta armilla.  
(*Mostrando la costura.*)

EL TIO ANTÓN

—Bueno (*Cierra la puerta de la casa y después entra al cuarto.*)

## XX.

José y Santa.

(*Quedan completamente solos; hay un embarazoso silencio. José desgrana panizo, hondamente preocupado; su rostro se nubla con sombría tristeza que se aumenta gradualmente. Santa, que está algo alejada de él, lo mira ansiosamente, sin saber cómo empezar á hablarle. Pausa.*)

SANTA

(*Timidamente, con acento triste y cariñoso.*) José, tengo que decirte una cosa.

JOSÉ

(*Mirándola con alguna cortedad y también con acento triste y dulce.*)—Tú dirás.